

Madrid Cómico

SEMANARIO ILUSTRADO

Oficinas y Talleres: Ferraz, 21. Teléfono 3.558.

Nº 115

CANCIÓN DE PRIMAVERA



Llegó la época deliciosa en que los jóvenes entonan su canción de primavera al amor, soñando con la luna de miel. En esta canción de primavera no fueron colaboradores Frutos y Luna; pero pudieran serlo, pues todas quieren «luna» y «frutos».



DE TODO UN POCO

Estamos en el mes de María.

La Madre del Amor Hermoso trae revueltas á sus hijas de modo tal, que dan de lado á sus amoríos por consagrarse en cuerpo y alma á la Virgen.

A mí me ha correspondido mi buena parte en el ajeteo preliminar de las juergas místicas en este florido Mayo.

Vive en mi casa un cura, y en su domicilio particular varias lindísimas feligresas entretuvieron sus forzados ocios de Abril en la piadosa ocupación de ensayar himnos, salves, gozos, motetes y letanías para cantarlas luego en «las flores» de su parroquia.

Con tan religioso motivo no tuve punto de tranquilidad, calma ni sosiego.

Los sonos melifluos y apagados del armonium de mi vecino me invitaban constantemente al sueño; mas las voces



de las cantantes hacían que Morfeo huyese de mí, y apenas se cerraban mis ojos cuando el lamentable coro de vírgenes me despertaba entre congojas y sobresaltos.

«Venid, y vamos todos con flores á porfía...»

entonaba á grito pelado la masa coral de hijas de confesión del presbítero.

Luego una solista del orfeón gemía con sollozante voz lacrimosa:

«Tú eres, Virgen, la fúlgida estrella que ilumina este mundo de horror...»

Y las demás, al unísono, salmodiaban:

«Flores, flores, tejed á porfía á María que es Madre de Dios, más hermosa que el astro del día cuando esparce, cuando esparce, cuando esparce radiante esplendor...»

Yo, con ese *esparcimiento* de las muchachas, dábame á todos los diablos habidos, habientes y por haber; pasados, presentes y futuros; negros, verdes y colorados.

Porque cada uno es dueño de amar á Dios sobre todas las cosas; pero, so-

bre todas las cosas también, están los restantes mandamientos. Y el undécimo es no estorbar.

**

Porque estorbaba—y mucho—á propios y extraños (con especialidad á los franceses de hoy, que nada tienen que ver con los desmanes, tropelías y desafueros de Napoleón Bonaparte), se adoptó el excelente acuerdo de suprimir la procesión cívica del Dos de Mayo.

Sólo quedaba de ella, como recuerdo de aquella luctuosa jornada, la minúscula exhibición de milicianos nacionales, individuos de la Cruz Roja y cofrades del un sexo y del otro, que organizábase en la iglesia de Maravillas y que *maravillaba*, si acaso, exclusivamente á los vecinos de la barriada de Montealeón.

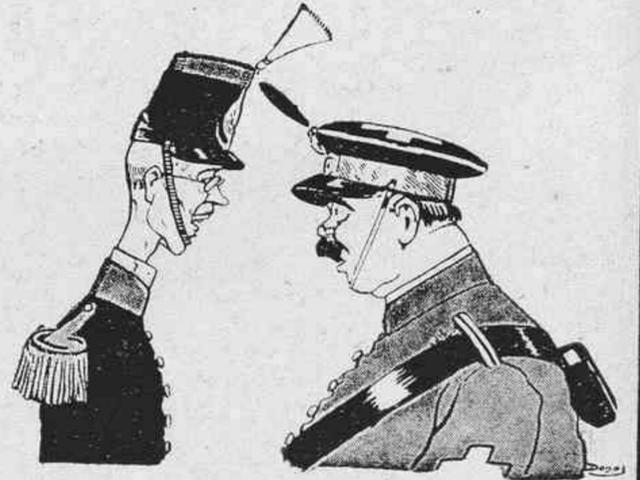
Algunos hijos de este Madrid (tan cómico á ratos) han querido resucitar la fiesta, con acompañamiento de la inevitable Banda municipal.

No les alabo el gusto, porque el tiempo todo lo borra (incluso los rencores y odios entre países, y más aún si éstos son consanguíneos y convenci-

nos, como ocurre á Francia y España), y porque no están ni para bollos el horno ni para tafetanes la Magdalena.

Lo del Dos de Mayo, en primer lugar, ya pasó á la Historia.

Y, además, los *franchutes* de hoy van



llevando ya en Marruecos «lo suyo» por renovar las hazañas del gran invasor y entrometido corso.

O tratar de renovarlas, que no es precisamente lo mismo...

Donde las dan las toman, y callar es bueno.

Carlos Miranda.



—La mamá: No veo ninguna persona conocida.

—El niño: En las butacas está el señor que fué á recoger los muebles el otro día.

LA CURIOSIDAD DE DORINA

Por entre los claros que forma el ramaje de los árboles se ve como un incendio del espacio, que extiende su claridad rojiza sobre el hotel y el jardín que le circunda. La brisa lleva en sus alas perfumes afrodisíacos; escúchase el gorjeo de los habitantes del vacío, el eco de canciones melancólicas y el plañir bronceado de las campanas conventuales que anuncian la oración de la tarde.

Impera un ambiente de paz, de suntuosidad, inspiradora de galantes confesiones, de secretos de amor.

En la terraza del hotel hanse quedado solas las dos parejas, formadas por Angelina y Adolfo, Dora y Luis. La madre de ellas, con la confianza que inspira á toda madre la pureza de los ojos de sus hijas, confianza que tiene por base el total olvido de los años juveniles de la madre, hase marchado á pasear por el jardín acompañando á una amiga. Angelina y Adolfo, apoyados en la balaustrada, charlan quedamente, olvidados en absoluto de Dora y Luis, que en el otro extremo de la terraza discuten con apasionamiento. Dora, poniendo en su rostro de musa *vateauviana* una nimososa expresión de enfado, y pretendiendo, sin lograrlo, entristecer sus grandes ojos azules que brillan más intensamente que nunca, porfia como lo

hacen las mujeres poseídas por la curiosidad, para que un caballero las diga lo que quieren saber. Niégase Luis á complacer el vehemente deseo de la damita, acudiendo á toda la ciencia de un joven y experto galanteador, cuyo saber se estrella ahora ante el insistente y entre imperativo y mimoso ¡¡quiero!! de Dora, dicho con adorable mohín.

Según avanzan en su diálogo, deja él de reír al comprender lo difícil de su situación, en tanto ella aprieta el cerco al seguir imponiendo al par que suplicando—que en las mujeres es una manera más absoluta de imponerse—para satisfacer su curiosidad. Luis, ya casi vencido, luego de argumentar sin tregua para salir victorioso, quédase pensando unos instantes, y después exclama como si ya hubiera encontrado medio de zafarse de decir la verdad:

—Yo no puedo decírselo, Dorina.

—¿Entonces para qué me ha dicho usted que había soñado conmigo, si no quiere decirme el papel que yo hacía en ese sueño?

—Porque no quiero mentir.

—Y yo quiero saberlo.

—Hay un medio para que lo sepa.

—¿Cuál?

—Piense usted, y cuando haya pensado en los diferentes papeles que ha podido representar en mi sueño, se figura usted uno. Luego me mira usted; yo leo en sus ojos, y la digo si ha acertado ó no.

Dorina, que ha escuchado muy atenta á Luis, luego de pensar un momento en el que se colorean ligeramente sus mejillas, hiere el suelo con su pie al mismo tiempo que dice rabiosillamente.

—¡No puede ser! ¡No puede ser! Me engañará usted.

—No, casi estoy seguro de no engañarla.

Hácese una pausa. Inconscientemente Dora inclina la cabeza y quédase meditativa; poco á poco va desapareciendo la sonrisa de sus labios; las delicadas rosas de sus mejillas conviértense en encendidas amapolas, y los ojos brillan con más intensidad. Luis contempla á Dora con avidez al mismo tiempo que dibuja con sus labios una sonrisa mefistofélica. Pasados unos instantes, ella alza la cabeza, su mirada se encuentra con la de Luis y luego de mirarse un punto exclama él:

—Ha acertado usted, Dorina. Esta permanece muda un instante, que termina dejando brotar el divino chorro de su carcajada, y exclama luego.

—¡¡Qué barbaridad!!... ¡Qué sinvergüenza es usted, Luis!

—Tiene usted una fantasía muy real, y yo un estupendo poder de adivinación.

Y Luis, absolutamente seguro de lo infalible de su poder, ya sabe que todas las lectoras van, como Dorina, á saber cómo soñó él con ella.

Antonio Herreros.



ALFONSO Hernández Catá titula su última novela *La juventud de Aurelio Zaldívar*. Este joven Hernández Catá ofrece personalmente un gran interés: su vida varia, emocionante, de prodigiosos saltos de funámbula de un plano á otro, de España á América, de la libertad atrabiliaria de la bohemia matritense al empingorotamiento diplomático en la joven República cubana.

Y Catá ha saltado funambulescamente con la misma sonrisa, sin la menor extrañeza, como un hombre de todos los países y de todos los ambientes. Y en su espíritu llevaba siempre un ansia de gloria, un anhelo de dandysmo y una

fiebre de vivir bien.

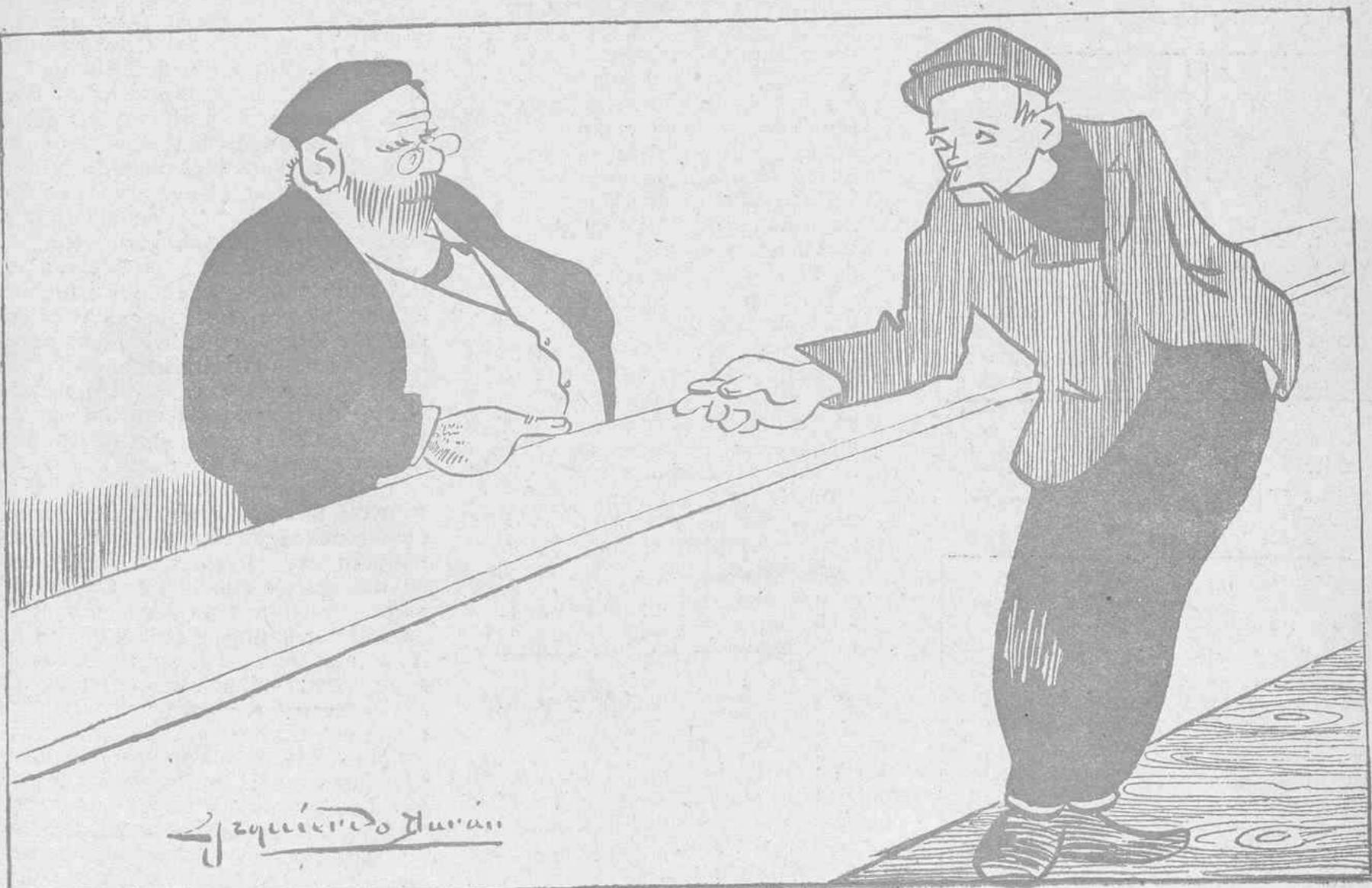
La juventud de Aurelio Zaldívar es un pedazo de vida, cogida en un momento y abandonada en otro, caprichosamente. Me gusta este libro; sin embargo, no creo que se deben escri-

les parece á ustedes, señores novelistas, que sería más ameno escribir cosas que no alcanzaran más de ciento cincuenta páginas? En las viejas novelas de la época de Dumas y de





— Tiene atravesado el corazón. Es cadáver. Habrá que llevarlo al Depósito.
 — ¡Ca, hombre! A la Comisaría es donde hay que llevarlo. ¿No ves que lleva encima armas prohibidas?



— ¿Quiere usted cambiarme este duro?
 — ¡Si es falso!
 — Por eso precisamente quiero que me lo cambie.

Joaquín Durán

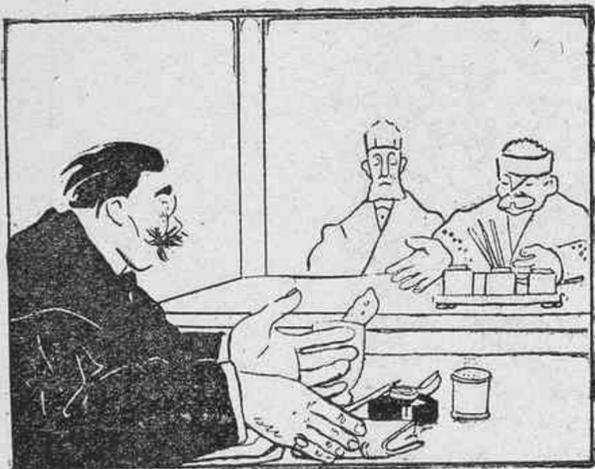
X



1. *El Abogado defensor.*—Fíjese la Sala en que es de capital interés ese extremo para demostrar que mi defendido no tuvo participación en el robo de los botes de conservas.



2. Según el sabio chino Karate, de acuerdo con el estadista español Julio Rodríguez, de la melenita se extraen las coletas de los toreros y mandarines... ¡Ah!



3. *El Presidente.*—Yo suplicaría á la defensa se restringiera al asunto. En una palabra: separe la paja para ir al grano.



4. *El Abogado defensor.*—¡¡ Ah, señores de la Sala !! De todo necesita el señor Presidente para darse cuenta de mi defensa.

MI TATUAJE

Mi querido Director: Aunque nunca lo he contado yo también estoy tatuado con verdadero primor; y creyendo interesante el que lo sepa la gente, quiero que inmediatamente me envíe usted un dibujante, para que copie mi busto y mis formas seductoras, porque sé que las señoras las verán con mucho gusto.

Mi tatuaje sepa que es de lo más original, porque me ocupa el total, es decir, hasta los pies, y no hay en mi cuerpo partes descuidadas; todas son admirable *exposición* corporal de *bellas artes*.

Mire usted: Tengo en el pecho un galápago grabado que es de lo más acabado que en estas cosas se ha hecho, y en la espalda, una guirnalda de flores de primavera colocadas de manera que eso es jardín y no espalda.

Más abajo y por delante, como símbolo de dicha, llevo pintada una *bicha* en actitud insinuante,

y está tan bien imitada por Niska mi tatuadora, que al mirarla una lectora va á decir... que *ni pintada*.

Detrás, con mucha decencia, y en colores verde y rojo, llevo colocado un ojo como el de la Providencia, y también muy bien grabado, por si era corto de vista, ha dibujado la artista un monóculo á su lado.

En la misma rabadilla llevo un clavel y un embudo... y más abajo el escudo de León y de Castilla.

En los brazos, un caballo y una faca de Albacete, y en los pies... llevo un juanete y sus dos *ojos de gallo*.

Como es muy interesante el que lo sepa la gente, mándeme inmediatamente un experto dibujante que trabaje con afán, que sea de los primeros, y que me retrate encueros... ¡pero siempre con gabán!

Fiacro Yráyzo.

Los aficionados á toros.

La presente temporada taurina va soliviantándonos como todos los años en la estación que tiene la amabilidad de visitarnos. Pero nosotros no hemos de hablar de los toros, de los toreros, ni aun siquiera de los humildes y modestos *monos-sabios*. Hablaremos de los espectadores, desde nuestro ex alcalde primero, D. José Francos Rodríguez, que quizá se aburre filosófica-

mente en su tendido, dando tormento á sus cigarros de medio real, hasta el último de los ciudadanos del tirapié, portador de su bota y de su regocijo típico. Un castizo espectador de las fiestas de toros es un hombre extraño, exótico, extranjero para los demás hombres y aun para los otros espectadores. Acaso en el seno amoroso del hogar es un ser pacífico á quien su señora llama solemnemente por el apellido, un señor que asiste á la oficina con una puntualidad cronométrica, acude á la peña de un café de buenos burgueses, juega durante las veladas invernales su partidita de lotería con su familia, y pasea las noches del verano en el cangrejo. Un hombre todo bondad, orden y mansedumbre, un ente á quien sus compañeros de oficina le esconden entre los expedientes postales sicalípticas para reirse de su turbación, que se horroriza del derramamiento de sangre, con la violencia, en fin, un hombre que no pudo acudir una mañana á su despacho porque había soñado durante la noche con la Carmen Andrés. Pues bien, lector: á partir de la corrida de inauguración, este buen hombre se transforma, se rejuvenece, resucita; sale de casa con el sombrero de medio lado, dice chicoleos á las mujeres y á veces firma en los expedientes *el Rodríguez*, porque eso de tener alias y muy mala ortografía le parece una cosa muy taurina.

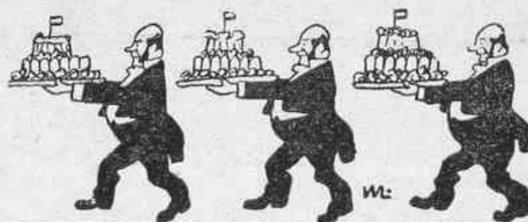
En cuanto llega á la Plaza, él, el pusilánime y timorato, se torna sanguinario, feroz, agresivo. Ya de entrada, dice á su compañero de localidad, frotándose las manos de satisfacción: «Hoy me parece que no faltará hule.» Y luego, cuando las asistencias se obstinan en apurar un penco, como quien apura una colilla, se le oye gritar colérico, amenazando al Presidente con su roten: «¡Caballos, caballos!»

Llama ladrones á los picadores, burro al regidor, «que te coge, que te coge» á los toreros fugitivos, y, en definitiva, se desborda toda su mala educación.

Hay otros tipos muy curiosos, aquellos que se hacen enemigos irreconciliables porque conceden su predilección á diferentes ídolos. Estas predilecciones han ocasionado muchos tumultos en las Plazas. Por las visceras de *Frascuero* y por la eurtimia de *Lagartijo* se han cruzado muchos palos y golpes entre los aficionados.

Ahora ya no es tan frecuente como en otros tiempos, con gran desconsuelo de algunos viejos, porque en esta fauna también hay ejemplares evocadores y añoradores, de aquellos de los de *cualquier tiempo pasado fué mejor*, y de esos señores que se quitan el sombrero, aun en los días más crudos, cuando oyen mentar el nombre del Guerra y sus antecesores, y para quien las estocadas del *Machaco* y Vicente Pastor, y los lances del *Bombita* y del *Gallo* no son sino unas indignas mojíngangas de pueblo.

Antonio Roldán.



El vivir de las flores.

II

Otoño.

Oculto en el fondo de un jardín sin flores entre secos árboles hay un cenador, y bajo el follaje de tristes colores una niña llora sus cuitas de amor, En su dulce rostro está retratada la melancolla del atardecer, y vaga en el aire su triste mirada buscando el fantasma de un muerto pla-

cer. Chasquean los troncos al paso del viento; arremolinadas las hojas caídas al crujir simulan un débil lamento.

De la empalizada rueda silenciosa entre ramas secas y descoloridas, rompiendo su tallo, una mustia rosa.

Mario Sancho Ruiz-Zorrilla.

La modestia de Modestino.

Modestino Ruboroso, mi compañero de oficina, es un hombre tan bueno, tan simple, tan simpático y tan modesto, que todo cuanto se diga en su honor es pálido en comparación con lo que sus estupendas cualidades merecen.

A fines de mes nos regala pitillos á todos los compañeros; su bolsillo está constantemente abierto á nuestras peticiones; cuando le ha gustado su novia á algún amigo se la ha cedido generosamente. Su modestia llega hasta el extremo de saludar quitándose el sombrero á los guardias de orden público, como representantes de la autoridad.

Hará cosa de un año, fué atacado por un perro que salía del teatro Romea. Lejos de defenderse, le dejó que hiciera presa en su pantorrilla y hasta que se llevara un buen pedazo, pensando que cuando el pobrecito can se decidía á acometer á las personas en plena calle, debía tener hambre atrasada.

Este hombre excelente, de quien nadie podrá decir en mi presencia nada ofensivo, conoció hace ya varios años una muchachita gordezuela, pero llena de rincones apetitosos, que se llamaba Dulce; más que la mujer le cautivó el nombre, y fué la primera vez que se opuso á mis justos deseos de que me traspasase la elegida de su corazón.

—Pídeme lo que quieras — me dijo — ; te daré mi dinero, mi reloj, mis papeletas del Monte y hasta mi americana de alpaca; pero no me pidas á Dulce, pues me veré precisado á negártela con gran dolor de mi corazón. Sin embargo, te participo, para que me disculpes, que estoy resuelto á casarme con ella.

Así lo hizo, y Dulce resultó una competidora en bondades de su marido; el matrimonio Ruboroso ha desfilado por nuestras casas, y así como nuestras mujeres nos ofrecen como modelo el ejemplo de Modestino, nosotros les refregamos por los hocicos las virtudes de Dulce.



— Parece mentira que una artista de su calidad desprecie á un hombre de mundo como yo y prefiera á ese mal torero.

— Es cuestión de modestia. No me gusta que mis amantes sean hombres de mundo. Me conformo con maletas.

Para mí, esta señora sin par tiene un solo defecto: su fecundidad. En seis años ha dado vida á seis chiquitines que son el encanto de Modestino.

El otro día, habiendo convidado al matrimonio con toda su descendencia á comer en mi casa, el gran Modestino tuvo una de esas frases características que pintan un personaje de un solo trazo

— ¡Qué hermosos niños! — dijo una de nuestras amigas viendo á los nueve carneros de Ruboroso sentados alrededor de la mesa.

— Son los nueve niños de mi marido — contestó Dulce halagada en su vanidad materna.

— Por Dios, Dulce, no seas boba; no digas así, con tanta seriedad: «Son los nueve niños de mi marido.» No me los atribuyas todos. Yo no quería que nadie pudiera pensar que presumo de eso.

¡Bravo Modestino! ¡Honrado Modestino!

El Reverendo Bonifacio.



CHISMES DE TEATRO

LA PARTIDA DE CANUTO



Suceso importante. — Los protagonistas. — Señas mortales. — ¿Han caído? — Colaboradores inseparables. — Sólo en el Retiro. — Lluvia triste. — Sigue siendo un vivo. — No se habla de otra cosa. — Aquí hay llo. — Una misión esencial. — En busca de Mantequilla. — No hay criadillas en la casa. — Recurso infalible. — Quién es ella. — El heraldo y la correspondencia. — El fuele colaborador. — Descubrióse el secreto. — ¡Y el «Coco», gozando!

La primera y principal obligación de todo buen «reporter» es meterse en lo que no le importa.

Tiene para ello una razón poderosí-



sima: la de que pueda importarle al público.

A veces, y esto ocurre con lamentable frecuencia, después de llevarse á cabo la información, resulta que aquello no le importa al público tampoco.

En la ocasión presente creo que no suceda así.

Por la importancia del suceso y la categoría que en el mundo teatral ocupan sus protagonistas, los lectores sabrán agradecerme la revelación de lo que hasta ahora fué un secreto para todos.

¿Nombres?

Lo piadoso y prudente sería dejarlos permanecer en el más completo anónimo. Pero como la prudencia y la piedad incompletarían la información, yo, siguiendo la tradicional costumbre, recurriré á mi ingenio peregrino para salir del paso revelándoselo á ustedes todo lo más embozadamente posible.

Uno de ellos come majuelas con *Canuto*; es *Pérez-oso*; habita en una calle que no tiene *Montera*; en un número fácil de adivinar si no *seis* torpes, y en un piso que se parece á *Bombita* cuando pasa por *bajo*.

El otro, aunque sentó plaza de listo,

tiene bastante *Colás*; se mueve por la *Mantequilla*; habita donde no *oso* decirte; *Díez* es el dueño de la finca, y el cuarto tengo que callármelo por ser lo principal.

Ambos confeccionaron innumerables obras, como lo puede atestiguar *El desdichado Dominguez*.

¿A que no han caído ustedes todavía?

¿Verdad que no?

Me alegro.

Ahora vamos al grano.

Canuto Pérez (citaré sólo sus nombres y primeros apellidos), es un caballero de muchísima gracia. Tanto, que cuando se pone á soltar chistes y ocurrencias, más de un oyente se ve en la precisión de decirle:

—Caballero de gracia, calle.

Todo el mundo le conoce.

Colás Mantequilla, á quien sucede lo propio, era su último amigo, su inseparable compañero. Juntos planeaban las obras; juntos las escribían; juntos presenciaban los ensayos; juntos asistían á los estrenos...

¡Difícil hubiera sido hallar una pareja colaboradora más compenetrada! ¡Ni más segura en el éxito! Eso sí. Era una pareja de seguridad.

Ellos alteraban el orden con sus producciones escénicas en todos los teatros.

Claro está que me refiero al orden de las obras admitidas.

Yo fui quien primero le vió.

Estaba en el Retiro.

—¿Qué haces aquí junto al estanque?

—Compadecer á los peces de colores, que *estan-que* brincan porque me río de ellos.

—¿Trabajas?

—Sí. Los días de fiesta.

—¿Cómo es eso?

—¿No sabes que soy escritor *festivo*?

—¡Ah!

Me dieron intenciones de matarle.

Pero le dejé vivir, al pensar que en ese caso no podría satisfacer la curiosidad que en aquel momento hacía en mí idéntica operación que la pulga más encarnizada.

No sabía cómo «entrarle», que dicen los toreros.

Al fin me decidí.

—¿Estás solo?

—No. Estoy contigo.

—¿Y tu colaborador?

Mi pregunta fué para Colás algo así como un ciclón.

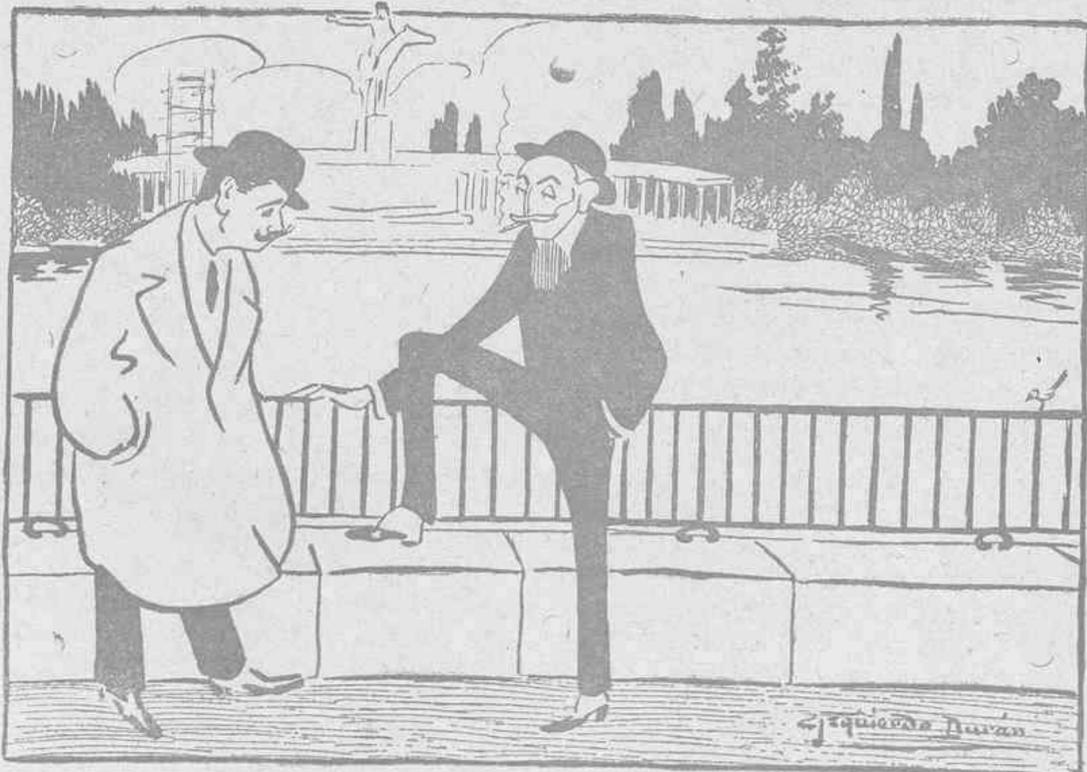
Una nube ensombreció su vista.

Tras de la nube vino el agua.

Sus ojos se humedecieron.

Yo, entonces, comprendiendo que para los chaparrones del dolor no hay mejor paraguas que el silencio elocuente, callé.

Cuando pasó el chubasco volví á interpelarle:



Las tuyas eran siempre las primeras en estrenarse.

Un día, hace ya quince de esto, la gente observó con extrañeza que Mantequilla no acompañaba, como de costumbre, á Canuto Pérez.

—¿Acaso á estas horas es un muerto?

—No. Es un vivo.

—Si no te explicas...

—Varía el disco y elige otros temas.

—No temas — le dije sintiéndome contagiado. Y obedecí. Pero de mala

gana. La pulga de la curiosidad arreciaba en su ataque.

A la hora de cenar nos despedimos y me dirigí a casa.

Arroz con cangrejos era el primer plato.

No pude cenar.

Un desasosiego torturador me lo impedía.

Tomé un cangrejo y me marché al teatro.

En el saloncillo no se hablaba de otra cosa.

—¿Le has visto?

—Sí.

—¿Solo?

—Completamente.

—¿Qué le habrá pasado?

—¡Vaya usted a saber!

—Algo muy grave debe haber sido.

—¡Y tan grave! Cuando va sin Canuto...

Nadie presumía cuál fuera la causa de tan extraña separación.

—Aquí hay «lío». Y «lío» gordo—pensé.

—Es necesario descubrirlo.

«El Coco» juró no descansar un momento hasta averiguarlo, con el sano propósito de contárselo después a todo el mundo.

Los «reporters» gozamos mucho con estas cosas, porque nos proporcionan la satisfacción inmensa de cumplir con una de las misiones más esenciales que parece tener el periodismo en la actualidad.

En unión del dibujante, por no perder la costumbre, parto veloz.

—¿Dónde vamos? — pregunta Izquierdo.

—A ver si podemos sacar algo de Mantequilla—le respondo.

—Ya comprendo. Se trata de visitar alguna tienda de comestibles.

No le hago caso. Y seguimos.

Un cuarto de hora más tarde nos hallamos en la puerta de su casa.

Nos sale a abrir un criado.

Pasamos.

En el recibimiento otro criado nos despeja de bastón y sombrero.

—¿No sirven ya al señor aquellas muchachas pequeñas que había antes?—interrogo.

—No—contesta uno muy serio. El señor no quiere ya criadillas en su casa.

Colás ha salido. Aprovechamos su ausencia para interrogar a la servidumbre.

Sabedores de que para abrir el arca de la locuacidad doméstica nada mejor que una llave de plata, deslizamos un duro entre las manos de aquéllos que nos habían recibido.

Efectivamente. El recurso es infalible.

Poco tardamos en saberlo, si no todo, lo más importante.

El resto, mi acreditada penetración y mi perspicacia indiscutible lo reconstituyen por medio de la socorridas deducciones *conandoylescas*.

La causa de todo ha sido (¿cómo no?) una mujer.

Su ojo negro (conviene advertir que es tuerto), su pierna derecha torcida, sus manos que parecen dos resmas por lo desarrolladas, trastornaron—¡quién

lo pensara!—el juicio perfectamente equilibrado del que pronto ocupará uno de los masculinos sillones de nuestra Academia, pues tiene para ello méritos bastante mayores que muchísimos de sus futuros compañeros de poltrona.

Nada tiene que envidiarles.

También él hizo reír innumerables veces con sus literarias producciones.

Reanudemos el hilo de esta historia.

La Dulcinea cuyas prendas personales más salientes acabo de enumerar, pertenecía al honrado servicio doméstico.

Mantequilla, el insigne, ante la vista



deliciosa de tales prendas, prendóse de ella.

No pasó inadvertida para la muchacha la favorable impresión que su presencia causara en el ánimo del señorito. Los ojos de éste fueron el heraldo de su pasión.

Pronto halló la correspondencia.

Y la cándida paloma tuerta, que no había visto el mundo más que por un agujero, cayó en las redes de Cupido, para no levantarse jamás.

La boda iba a celebrarse muy pronto.

El pensaba estrenar una cosa que tenía entre manos desde que comenza-

ron las relaciones. Este estreno era necesario para aprontar recursos.

Pero ¡ay! la felicidad es un débil castillo de naipes que se derrumba al primer soplo.

Y el que actuó de fuelle en esta ocasión fué ¡pásmense ustedes porque se van a quedar fríos! su colaborador.

La novia que era de Mantequilla derritióse al calor de las palabras de Canuto, práctico conquistador de doncellas a quien se conocía vulgarmente por «el terrible Pérez»; y la pobre, demostrando al fin la debilidad de su sexo, acabó por aceptar la merienda con que aquél le brindaba.

Comiendo una ración de embuchado encontrábase al ser sorprendidos por Colás.

Lo que ocurrió después no hace falta referirlo. El curioso lector lo supondrá.

El estado de Canuto aseguran que no es muy bueno.

Por hoy creo haber dicho bastante para descubrir este importantísimo secreto, que ya lo dejó de ser gracias a mi oportuna información.

¿Que con ella se han de originar grandes y justísimos disgustos, y lo que es aún peor, el descrédito de una persona tan digna de estimación como Mantequilla?

¿Eso qué importa al «repórter»?

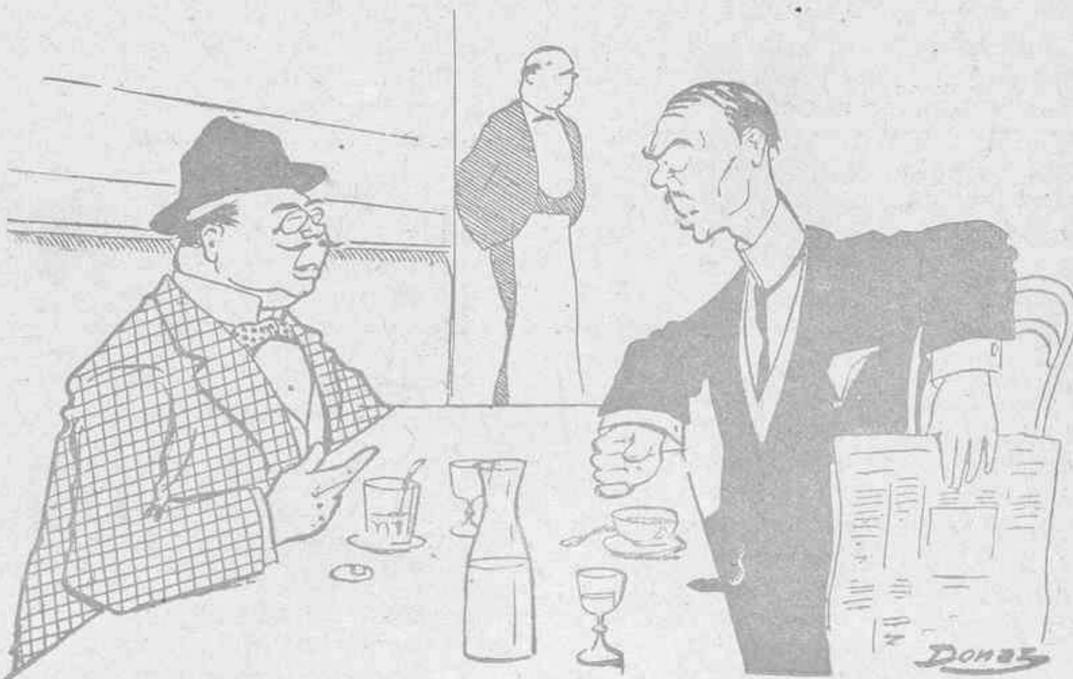
La cuestión es pasar el rato.

Estos chismes teatrales y otros que no son teatrales constituyen una de las notas más importantes para la mayoría de los periodistas, que, como yo, gozan mucho con estas cosas.

Poco antes de entrar en máquina el presente número me dicen que la partida de Canuto se conoce ya en todo Madrid.

No me choca. Lo mismo suele ocurrir con todos los chismes de bastidores. No por eso dejo de publicar la información. Tendría que inventar otra para llenar estas columnas.

El Coco de la Lata.



—¿Ha visto usted qué desgracias ocurren por causa del ferrocarril?

—¿Tiene usted noticias de algún descarrilamiento?

—No; pero mañana, en el expreso de Barcelona, llega mi suegra.



—¿Te gusta este retrato de Arturo?
 —Sí; está hablando.
 —No lo creas. Si estuviera hablando habría dicho alguna tontería.

El vals de la Primavera.

El vals armonioso de la Primavera
 lo canta la brisa meciendo las flores;
 es rima suave, es rima ligera,
 es canto de vida, es trova de amores.

Es dulce murmullo de arroyo tranquilo;
 lo cantan las aves que tienden el vuelo
 del surco á la jara, de la jara al tilo,
 del tilo á la torre, de la torre al cielo.

Lo canta la moza que espera al amante
 detrás de la reja con ansia intranquila;
 lo canta el cochero que está en el pescante
 y espera que alguno le baje el alquila.

Lo canta un *pollito* de excéntrica facha
 que mil cucamonas le hace á la Consuelo,
 y el pobre hace el *primo* porque la muchacha
 no le corresponde y le toma el pelo.

Lo canta el que espera que la monarquía
 nos limpie de frailes, pues no hará tal gracia;
 lo canta ¡inocente! aquel que confía
 en estos gobiernos de la democracia.

Y basta. Hago punto porque estoy temiendo
 que acabe cantando como otro cualquiera,
 y esto es lo más fácil si sigo escribiendo
 el vals armonioso de la Primavera.

Gabino Peraita.

LOS TRENES BARATOS

Es la estación placentera
 de brisas y efluvios gratos,
 en que los trenes baratos
 traen la gente forastera.

Estos provincianos son
 semejantes á una plaga
 de langosta, cuando amaga
 de los campos la extensión.

Dejan su dulce existencia
 y sus patrios lares, unos
 diversión buscando; algunos
 por cuestión de conveniencia,
 por resolver sus negocios,
 sus cuentas por arreglar,
 y hay quien viene por viajar,
 por entretener sus ocios.

Mas de una ó de otra manera,
 yo compadezco á la casa
 infeliz por donde pasa
 la familia forastera,
 pues muchos los dueños son
 de aquéllas que por tener
 la penosa obligación
 de ofrecerles qué comer,
 empeñan hasta el colchón.

Los convoyes llegan todos
 materialmente atestados.

Los viajeros, apretados,
 se abren paso con los codos,
 y entre algazara jovial
 y bullicioso clamor,
 bajo el sereno fulgor
 del día primaveral
 que templada luz derrama,
 como nunca placentera
 la multitud forastera
 por la urbe se desparrama,

esparciéndose á millares,
 prometiéndose alegrías,
 en fondas, hospederías
 y casas particulares.

Es de ver en caso tal
 algún señor muy correcto,
 muy grave, muy circunspecto,
 muy tranquilo y muy formal,
 verse de pronto asaltado
 por amigos y parientes
 —casi siempre inconvenientes—,
 hallándose precisado
 á darles albergue, y luego
 solícito á agasajarles,
 y por fin á acompañarles,
 perdiendo así su sosiego,
 aunque la calma le enfrene,
 á ver las cosas notables,
 pocas de ellas admirables,
 que la metrópoli tiene.

Y el grave señor reniega
 y al mismo Luzbel se entrega
 en delirios insensatos,
 del Mayo feliz que llega
 y de sus trenes baratos.

Pedro Barrantes.

ENSUEÑO

Yo he soñado, Gitanilla,
 un amor sentimental
 en un jardín de Sevilla
 con una luna que brilla
 en una noche estival.
 Yo he soñado, Gitanilla,
 y he llorado al despertar.

Yo soñé con tus hechizos
 de gitana perchelera;
 con tus donaires castizos
 y con los sedosos rizos
 de tu negra cabellera.
 Y con tu rostro de mora,
 y con tu talle juncal;
 yo soñé lo que atesora
 la blancura seductora
 de tu carne virginal.
 Soñé que hablaba de amores
 en el jardín silencioso;
 tú, aspirabas unas flores
 y escuchabas los primores
 de un ruiseñor temeroso.
 Yo estrechaba tu cintura
 y aterciopeladas manos,
 y escuchaba con dulzura
 toda la grata ternura
 de tus decires gitanos.
 Y soñé que me acercaba
 á tus labios de coral,
 y amoroso los besaba,
 y de tu boca escapaba
 un hálito sensual.
 Sueño feliz de una hora,
 así la noche pasaba...
 noche triste que se adora;
 la luna consoladora
 melancólica brillaba
 Alumbrando aquel amor
 que una noche allá en Sevilla,
 en un jardín seductor,
 mi corazón soñador
 soñó con la Gitanilla.
 ¡Soñó con la Gitanilla
 y en su despertar lloró!

Rafael Solís Castellanos.

AIRES DE PRIMAVERA

Letra de Aguado y Berriatua, música de J. Straus, arreglo de D. Antonio S. Nicolás.

allegro Gracioso

Ana

(1ª) - na
(2ª) - zas

Gracioso

viene la - primave - ra sem - brando flo - res sem - brando flo - res ay!
al mas u - ni das marchan en - ran do vue - lo en - ran - do vue lo ay

Coro

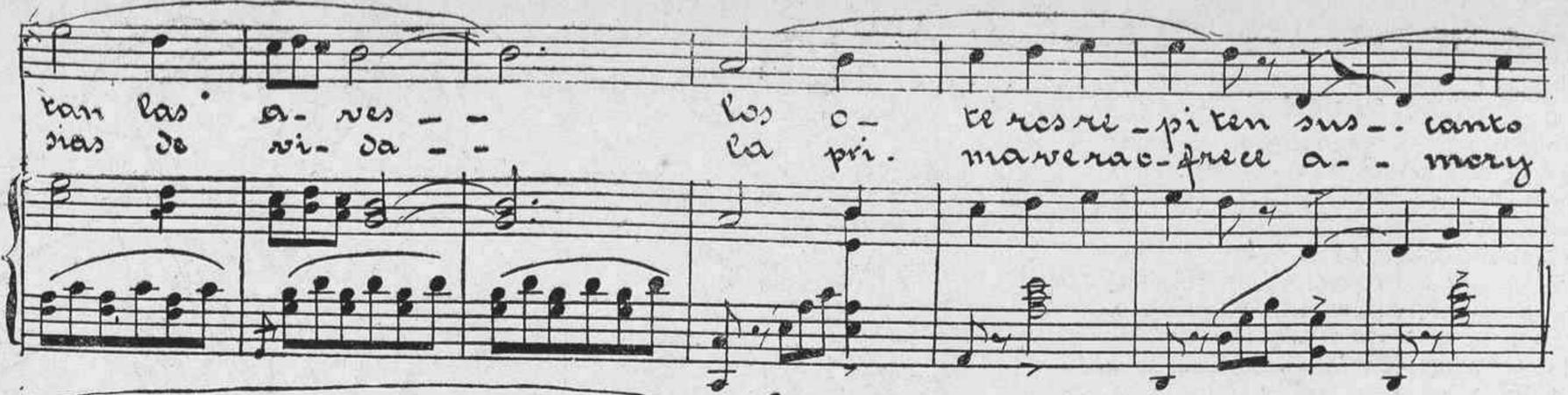
Ana

ay y ya los cam - pes ces mal tan di - mil co - lo - res de - mil co -
ay go - ranco con - sus a - mo res di - chas del cie - lo di - chas del

muy ligado dulce y expresivo

lo res - - Can - - tan las a - ves - - can - -
cie - lo an - - sias de vi - da - - an - -

can las a- ves - - los o- te res re- pi ten sus- canto
sias de vi- da - - la pri- ma vera- que a- - mery



suaves sus- cantos suaves - - can - can las a- ves -
di cha a- - mery di- cha - - an- sias de vi- da

Coro



Can- can las a- ves - - los o- te res re-
an- sias de vi- da - - la pri- ma vera-



pi ten sus- cantos suaves sus- cantos suaves - - di cha ay
que a- - mery di- cha a- - mery



ay: di cha loco



8º



Linares

Las calles, las señoras y los escotes.

¡Tápezse usted!

Andando el tiempo, llegará el día en que veamos cosas inconcebibles por esas calles del Excelentísimo Ayuntamiento.

No voy á referirme en estos momentos literarios á las cuantísimas deficiencias que el pavimento de Madrid padece, como si se tratara de una enfermedad crónica, endémica. No, dejemos á las calles hechas un lago cuando llueve, y un harbecho cuando están secas. Dejemos en paz á las bocas de alcantarillas, despidiendo olorosos perfumes, y olvidemos las calles que rebajaron el piso para quitar pendiente á la locomoción animal, eléctrica, etc., y dejaron la acera á *dos mil metros* del nivel de... la calle.

Todo esto es sabido ya hasta de las ratas que pululan por las bóvedas que construyen bajo la primera etapa de la Gran Vía.

Me refiero á otras cosas que veremos, si Dios y los modistos no lo remedian.

Al decir modistos, habrán comprendido mis queridos lectores que el asunto va por faldas y otras minucias femeninas.

No bien iniciado el preludeo primaveral, con todas las exquisiteces propias de la estación, se inicia otro preludeo lleno también de exquisiteces. Las *claraboyas* que suelen llevar las señoras en su escasa indumentaria.

¡Provocativo!

¿Ustedes se han percatado de las redes que cubren senos y garganta y... lo que descubren?

¡Infeliz!

Infeliz ó no, con dar una vueltecita por las calles y paseos de la Villa y Corte, verán ustedes el corte que han dado (yo no sé si las señoras ó los modistos) á sus ropas. Las faldas entravés marcan más que una columna barométrica cuando indica grandes lluvias; las blusas japonesas descubren más hemisferios que D. Cristóbal Colón; y ¿qué me dicen ustedes de las extremidades? ¡Echen! ¡Echen ustedes centímetros de *calado* en esos graciosísimos navíos vivientes!

Las modas femeninas actuales nos llevan derechos á la bancarrota del pudor. Triste es confesarlo, pero la mujer sigue destapando su escote y extremidades superiores..., sí, superiores todas ellas (yo no veo nada inferior en este género). Las *tijeras modistiles* avanzan para arriba y para abajo. Si, como es de esperar, no viene el «*detente, Abraham!*» y llegan á juntarse en su avance los cortes de abajo y arriba, entonces... la hidrofobia y la antropofagia más horrible se desarrollará por el excesivo desarrollo de las rosadas dermis y epidermis del sexo femenino.

¡Detente, ¡oh! modisto tentador! Corta por lo sano, y cubre con tupidas mallas los misterios de cuerpos femeniles que debieran permanecer en él, y no excites la curiosidad del paseante, que tranquilo discurre por las calles del Excelentísimo Ayuntamiento.

Juan S. de la Peña.



—Indudablemente, Lulú, cuanto más se te mira, más mona eres. ¿Te han seguido hoy muchos hombres?

—Muchísimos. Yo no sé cómo me las compongo que siempre llevo cola detrás.

—¿Que llevas cola detrás? No es extraño. A todas las monas les pasa lo mismo.

Chismes y cuentos.

En China ha surgido un torero, natural del país, llamado Vicenty Hong.

El mencionado astro coletudo viene á hacer la competencia al «Vicenty» de Embajadores en lo tocante á valor y celebridad, teniendo á estas horas casi tantos apasionados como él, que se despepitan por todo lo que á Hong se refiere.

Nos dicen que en la nueva Repúbli-

ca, al igual de España, se pone el nombre de Hong á la mayor parte de las cosas, incluso las prendas de vestir.

Se expende té «Hong», arroz «Hong», Kimonos «Hong».

Y debe ser verdad, porque en una fotografía recibida de allí recientemente hemos visto varios chinos que deben ser «honguistas» «indubitablemente», como diría el famoso «Duende de la Colegiata». Porque hasta el sombrero que llevan es «hong-o».

INFORMACIÓN TEATRAL



—Dime: ¿qué te pareció *Canto de primavera*, opereta en dos actos, de costumbres de estudiantes en Alemania, estrenada en Bilbao, Zaragoza, y hace pocas noches en el Gran Teatro, de esta Corte?

—Pues bastante bonita, sin que llegara á maravillarme. Pascual Frutos ha escrito un libro que tiene de todo: amenidad, pesadez y á ratos gracia; y el maestro Luna ha compuesto una partitura que sobresale más que nada por la excelente instrumentación. Se repitieron, en total, cuatro números.

—Tengo entendido que el primer acto gustó bastante más que el segundo.

—Efectivamente, el segundo pesa en determinados momentos; aligerándolo un poco, ganaría mucho todo él.

—¿Y la interpretación?

—Merecen especial mención la señorita Rodríguez y el incomparable Carreras, que está delicioso en el personaje de Flitz, un tipo así como el terrible Pérez.

—¿Conseguirá *Canto de primavera* llevar gente al Gran Teatro?

—Es de esperar, aunque no mucha, pues como la citada producción irá en sección doble, resulta que al que más y al que menos le «doblan» el bolsillo del chaleco.

—Si esta opereta no lleva público al coliseo de Sicilia, con lo que están perdiendo, *pa* mí que presiento una catástrofe cómica-lírica-empresaria...

—No te vi en Apolo en el beneficio de la hermosa primera tiple Pilar Pérez.

—Como que no estuve.

—¿Es posible?

—Tiene su explicación, que te la daré inmediatamente. ¿Qué tal resultó la velada en honor de esta bellísima baturrica?

—Bien, muy bien; el teatro, bastante concurrido; ella, agasajadísima, ovacionada en todas las obras que figuraban en el programa: *Bohemios*, *La verbena de la Paloma*, *El húsar de la guardia* y *La corista de punta*, estreno, original la letra de Fernández de la Puente, y la música del maestro Calleja.

—¿Y qué tal esa corista?

—Pues te diré, que no le he visto la punta... Se trata de una zarzuelita endeble, poca cosa, que pasó gracias á los esfuerzos que realizó la beneficiada defendiendo su ligero papel.

—Su música tengo entendido que gustó mucho más que el libro.

—¡Ya lo creo! Es bonita y ligera; se repitieron dos números, y los restantes fueron aplaudidos.

—¿Conque Moncayo y Manzano, imitando á otros muchos compañeros de profesión, se han marchado á América?

—Sí, amigo mío, y quiera Dios que tal determinación no les perjudique.

—No por la falta de Moncayo y Manzano, Apolo habrá de resentirse; quedan en sustitución de esas dos «eminiencias» los excelentes actores Videgán, Vallejo y Ruiz Paris.

—Tres magníficos pies para un banco, dicho sea apropiando la frase al *argot* teatral. Pues mi ausencia en el beneficio de Pilar Pérez obedeció á tener que acudir al del notable primer actor Simó-Raso, en el teatro Cervantes. Se estrenaba una adaptación de *Tai-fun*, en tres actos y un epílogo, de Melchor Leugyel, arreglada á la escena española por Federico Reparaz, é intitulada *Los hijos del sol naciente*.

—Es un titulito.

—Pues la obra, cuya acción se desarrolla entre japoneses, es una verdadera preciosidad. Su ambiente produce grata impresión; el tema del drama, con una tesis fundamental, muy patriótica, se sobrepone á todas ponderaciones, por estar admirablemente sobrellevado todo él en el curso de la representación. El público, atento como nunca en los tres actos, rompió en estrepitosos aplausos en algunos pasajes emocionantes y bellísimos del interesante drama.

—¡Caracoles, caracoles!, eso me huele á un éxito loco.

—Atronador, redondo, definitivo, de los mayores y más verdaderos que yo he conocido. Pues ¿y el triunfo que puede apuntarse Simó-Raso en su brillante hoja de servicio por el personaje que interpretó? ¡Colosal! Nunca hubiera creído que el director de la compañía del teatro Cervantes pudiera realizar un trabajo tan difícil y tan digno de loa como el que llevó á efecto en *Los hijos del sol naciente*.

—Simó-Raso ha sido siempre un actor de reconocido talento.

—Pero esta vez ha batido el *record* de notable comediante; en el epílogo termina el drama muriéndose de una afección al corazón, y ¡riete tú de Borrás! Simó-Raso ejecuta á la perfección el final de una vida que se termina para siempre. En el teatro había ilustres doctores, y todos se hacían lenguas del trabajo «verdad» del artista. La entusiástica ovación que escuchó el reputado comediante fué imponente, desenfrenada, merecidísima.

—¡Bravo, bravo!..

—Los demás intérpretes, la señora Toscano, señorita Moreno, señores Mancha, Calle, Renovales, Gatuellas y Molinero, sencillamente admirables. Madrid entero acudirá al teatro Cervantes á ver la obra de la temporada en el citado coliseo, y á admirar la concienzuda y meritísima labor de Simó-Raso.

—Por mí... «pasen, señores, vayau pasando, pronto, que se terminan las localidades...»

—¿Has ido á la Princesa á ver á Le Bargy?

—Sí, señor, en la insignificante comedia de Lavedan *Le marquis de Priola*, un aristocrático Tenorio de baja estofa, y en la que el gran comediante francés pone de manifiesto sus extraordinarias condiciones artísticas. La primera actriz Andrea Mery forma feliz pareja con Le Bargy; su trabajo merece plácemes.

—Hablemos ahora de la fiesta del sainete.

—Con inusitado placer.

—De esa fiesta magna que todos los años organiza la poderosa Asociación de la Prensa, y que la denomina con exquisito y buen gusto la fiesta del sainete.

—Yo no pude asistir, con harto dolor de mi corazón; no encontré billete.

—Te diré á grandes rasgos lo que sucedió en la primera jornada de tan brillante espectáculo. Se estrenó para abrir boca un sainete lírico de los señores Celso Lucio y G. Caude, música de Vela y Brú, titulado *La parada ó el relevo de Palacio*, interpretado por la compañía de Novedades, que, según el fallo del público, puede decirse sin eufemismos, que gustó. Después los de Lara estrenaron un preciosísimo y original sainete del simpático y aplaudido autor Antonio Casero, *La familia de la Sole ó el casado casa quiere*, que obtuvo un éxito franco y merecido. A continuación otro estrenito, un entremés imitación de los del siglo XVIII, de Luis de Larra, con notas musicales de Calleja y reminiscencias del maestro Barbieri, que lleva por título *La viuda del barberillo*, admirablemente representado por Loreto Prado, la Franco, Chicote, Castro y Ponzano. El mencionado entremés satisfizo á la concurrencia. Después la *troupe* del Gran Teatro, con Carreras á la cabeza, nos hizo pasar un gran rato con el popular sainete *¡Las doce y media y... sereno!* Acto seguido, las partes preferentes de Eslava nos proporcionaron tres agradables cuartos de hora con la representación del primoroso sainete de Benavente *Todos somos unos*.

Como fin de fiesta, Carmen Fernández, la bella Chelito y la gentil Pastora Imperio cantaron y bailaron respectivamente lo mejor de su repertorio, y escucharon palmas.

—¿Y la segunda jornada?

—De ella y del beneficio de la Bárceñas nos ocuparemos otro día; por hoy creo que es bastante.

Colirón.

me marché todo confuso,
por la calle de San Juan...
Y lo que el ciego nos dijo
lo versifico y en paz.

Mingo Revulgo.

Pasando el rato.

Algunos periodistas han criticado en broma, crítica molestísima, al compositor español Rafael Calleja. porque á estas alturas se ha enterado de que *El barbero de Sevilla*, del italiano Rossini, necesitaba un arreglo que él acaba de hacer en la soledad de su gabinete.

Yo no opino como esos periodistas. Yo defiendo al maestro Calleja. Si él ha creído que, en su conciencia, *El barbero* ya no servía como salió de las manos de Rossini, y lo dice francamente, y lo arregla sin tapujos ni ocultaciones, á la luz del día, ¿qué mal hay en ello? Ahí queda el primitivo, el auténtico de Rossini, para los que sigan creyendo que estaba bien como estaba.

Algo más indecoroso, y menos se critica, es lo que hacen ciertos desaprensivos sujetos que fusilan despiadadamente á Grieg y á Puccini, y no sólo lo ocultan, ¡lo firman y lo perciben!, y, sobre todo, se dan una importancia loca para que crean los incautos que todas las melodías lanzadas por ellos han brotado espontáneamente de su esponja encefálica.

Felipe Pérez Capo.



«Virgilio». — (Cádiz). — Nos manda usted unos versos amorosos muy cursis y muy malos, y para que los demos á la publicidad alega la poderosa razón de que están en el abanico de su querida novia.

Yo creo que es usted quien debía estar en el *abanico*.

«Un cervecero». — (Madrid). — En vez de «calentarse los cascos endilgando berzas», como usted dice, valía más que se dedicase al cumplimiento de su deber refrescando en este tiempo la mercancía para satisfacción de la parroquia.

¿No comprende usted que se expone á perderla toda?

Un cervecero no se debe nunca calentar *los cascos*. Sobre todo en el verano.

M. T. — Almería. — Para que vea usted que queremos complacerle, ahí va (no es reclamo):

«Mi María.

Tus labios son caramelos
que yo los quisiera chupar;
tus miradas son también dulces,
y tu carne de mazapán.

Tus dientes son anises
y tu cabello rubio y sedoso,
á mí me parece que es
cabello de ángel...»

¡Goloso!



ESCENAS CALLEJERAS

El ciego de los romances.

Paseando hace unos días por la calle de San Juan (hoy Moratín), vi á un pobre hombre que, tras lento caminar, se establecía ante un cóncave formado minutos ha por niñeras y soldados y algún que otro ganapán.

Llevaba el ciego — pues ciego ere el hombre á no dudar — un gran cartelón al hombro, un cartelón sobre el cual pretendían ir pintadas vistas de un crimen audaz que allá, en lejanos terruños, cometiera un criminal.

Me chocó aquello, y al punto fuíme el corrillo á engrosar, pues siempre fuí aficionado á estos lances por demás.

He aquí, lector, lo que el ciego, con voz opaca y glacial, nos contó á la concurrencia de la calle de San Juan.

**

«Sagrada Virgen del Carmen, mensajera de la paz, Madre y Señora Amantísima de toda la Cristiandad; dadme fuerzas, dadme bríos y alientos para contar el más sanguinario crimen que se cometió en el haz de la Tierra, desde que á ésta vino nuestro padre Adán. El hecho fué en Villanueva de los Callos; un rapaz, un aborto del abismo, un monstruo más que infernal,

degolló á su propio padre sin decir «¡allá te val!», y una vez que el degollado se marchó á la eternidad, llenó el monstruo un gran puchero con la sangre de papá... ¡y la coció con cebolla, aceite, vinagre y sal!»

.....
¡A perro chico, señores!...
¡Por un perro nada más primera y segunda parte de este crimen tan brutal, que cometió un hijo *espúreo* con instintos de caimán!...
¿Hay quien quiera otra? ¡El que lleve las siete partes, un real!...

.....
«Virgen bendita del Carmen, todo virtud y bondad, dadme fuerzas, que me faltan, para poder continuar el relato de este crimen tan sangriento y tan audaz. El hijo... ¡qué digo el hijo!... aquel aborto infernal, con la sangre de su padre preparóse *de almorzar*... Y después que hubo almorzado con toda tranquilidad, armó el brazo parricida con navaja de afeitar, cortó al padre los riñones... ¡y los dió á comer á un can mixto de mastín y de aguas, que había en la vecindad!...»

.....
¿Quién pide otro?... ¿Quién pide otro?...
¡Por un perro nada más primera y segunda parte; las siete partes un real!...

.....
Siguió el ciego *perorando*, pero yo no escuché más;

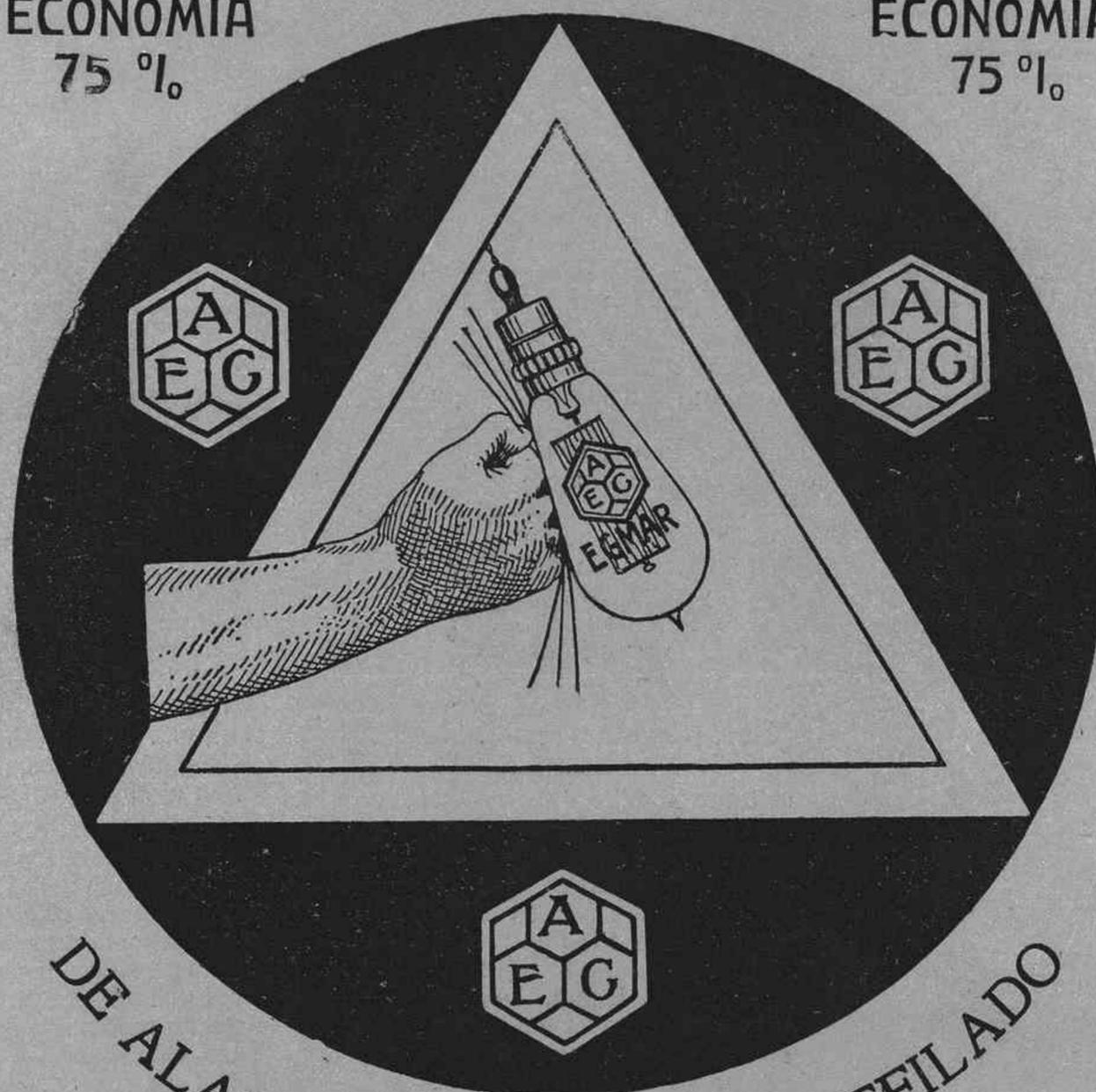
A. E. G. Thomson Houston Ibérica S. A.

MADRID-BARCELONA-BILBAO-GIJON
SEVILLA-VALENCIA-ZARAGOZA-LISBOA-OPORTO
Talleres en Madrid

NUEVA LAMPARA EGMAR

ECONOMIA
75 %

ECONOMIA
75 %



DE ALAMBRE DE METAL TREFILADO

UNICA IRROMPIBLE